

LIBROS COLOMBIANOS

RAROS Y CURIOSOS

Escribe: **IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO.**

LVIII

GARCIA JOSE JOAQUIN (1849-1919). (Pseud. **ARTURO**). **Crónicas de Bucaramanga**. 16 x 23 ctms. Retr. 314 págs. Imprenta y Librería de Medardo Rivas. Bogotá, 1896.

Don José Joaquín García nació en Bucaramanga, el 19 de agosto de 1849 y murió en la misma ciudad, el 14 de diciembre de 1919.

Según D. Joaquín Ospina en su **Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia**, el señor García hizo sus estudios de primaria y secundaria en su ciudad natal, y luego pasó a San Gil, con el cargo de director de la escuela de varones de esa ciudad, para lo que sentía verdadera vocación. Fue más tarde inspector de instrucción pública de la provincia de Soto, director de la escuela normal de varones, la de artes y oficios y catedrático en diversos planteles de Santander. Culminó en su carrera llegando al cargo de director de instrucción pública del departamento.

El ejercicio del periodismo ocupó también buena parte de su tiempo. En asocio del gran poeta Ismael Enrique Arciniegas, y del poeta y sociólogo Carlos Arturo Torres, redactó **El Impulso**, periódico al que sus adversarios denominaban **El Insulso**, según refiere Arciniegas. También redactó **La República**; **El Norte**; **La Situación**, y colaboró en diversos periódicos, como **El Rocío**, **El Iris** y **La Caridad**, de Bogotá, y **El Comercio** de Cúcuta.

También sirvió García en la capital santandereana, ad-honorem, los consulados de Bélgica y de España. Y recibió distinciones y honores de Academias y gobiernos, como la condecoración Real Orden de Isabel la Católica, la medalla de los "Benemerenti" concedida por el Papa Benedicto XV.

Añade Ospina que García desempeñó otros puestos oficiales en Santander: la Secretaría de gobierno, la Tesorería general del departamento, una curul en la Asamblea, la fiscalía de un juzgado del distrito judicial, etc.

Al parecer, la producción intelectual de José Joaquín García, dispersa en los periódicos, habría quedado sumida en total olvido, si no fuese por este libro de **Crónicas de Bucaramanga**, de mérito relativo, pero suficiente para registrar el nombre del autor y de la obra, en el catálogo de la bibliografía santandereana.

El libro está dedicado al Dr. Antonio Roldán, Gobernador de Santander, a Aurelio Mutis y a Fecundo Mutis Durán, y a manera de prólogo transcribe, opiniones de Pedro Elías Otero, Aurelio Mutis, Miguel S. Peralta, Blas Ortiz y Pedro J. Parra. Trae también un concepto de Carlos Martínez Silva, tomado de **El Correo Nacional**, en el cual este publicista dió del libro de García este justiciero juicio:

“En estilo sobrio y animado presenta en su libro el señor García a la hoy opulenta ciudad de Bucaramanga, como fué desde el tiempo de la conquista su ranchería, el origen de su nombre, sus límites, su primera administración, su primera casa, su primer Alcalde, su primer Cura párroco, su primera iglesia, sus costumbres, su población, sus servicios a la causa de la Independencia, su comercio, la historia del cultivo del café y de la fabricación de sombreros de paja de aquella comarca, su desarrollo todo, sus costumbres y mil datos importantes, hasta la revolución de 1854; y de ahí para adelante, narra con los más minuciosos e interesantes detalles todos los episodios de la vida civil y política de aquella ciudad, hasta llegar a la época actual...” (Pág. 15)

Claro que las **Crónicas** del señor García no están en pié de igualdad con las **Reminiscencias** de Cordovez Moure, con las **Crónicas** de Ibañez, ni con las **Leyendas** de Otero D'Costa, de Sergio Elías Ortiz, de Eduardo Posada y de otros cultivadores colombianos de tan difícil género literario. No tenía, al parecer, la exquisita cultura literaria de éstos, su imaginación fecunda, ni las naturales dotes, en grado eminente, que ellos poseyeron, para las evocaciones del pasado, a la manera de Mesoneros Romanos, del venezolano Aristides Rojas, del quiteño Manuel J. Calle. Y, por este aspecto, no podría catalogarse su obra como un dechado de expresión artística. No tenía en su paleta la abundancia de colores para la descripción de la naturaleza, del paisaje, de los momentos antiguos; ni la fina sensibilidad psicológica, para adentrarse en el alma de los personajes que evoca; ni el don poético para embellecer lo que su pluma toca; ni los recursos de lenguaje y estilo, en suma, que tanto cuentan para la perfección artística de cualquiera producción escrita del ingenio humano. Por eso, el cronista santandereano está a gran distancia no sólo de los grandes maestros del género, a quienes trató de imitar, Palma el primero, sino de muchos otros, que en nuestros días lo cultivan, con el estilo y tono periodísticos que se han divulgado y hecho tan comunes.

Sin embargo, estas **Crónicas de Bucaramanga**, tienen su relativo mérito, histórico principalmente, que no sería justo negar. Porque en ellas, García quiso transmitir a la posteridad los triviales incidentes, los pequeños detalles, el matiz anecdótico, en suma, de su ciudad natal, en el discurso de varias centurias, que son la “petite histoire”, muchas veces más elocuentes y sugeridoras que la que se forma con el austero aparato documental de los archivos oficiales.

García parte en el desarrollo de sus **Crónicas**, desde los remotos orígenes de la ciudad a la que se refieren. “La palabra **Bucaramanga**—sugiere— está compuesta de las voces **búcaro** y **manga**; **búcaro**, que significa anaco; y **manga**, campo o terreno. Siendo así, el verdadero sig-

nificado de la palabra sería **campo de anacos**. Es verosímil que tal nombre se diera al sitio donde está edificada la ciudad, pues todavía se encuentran en sus alrededores muchos de esos árboles, que es posible fueran muy abundantes en remotos tiempos..." (Pág. 18)

La comarca donde la capital santandereana se fundó, fué, en diversas épocas, teatro de fuertes movimientos sísmicos, algunos de no poca gravedad. A ellos se refiere García en diversos pasajes de su libro, el primero de los que, según el cronista, se tiene noticia, ocurrió en octubre de 1743.

Curiosas consejas, que andaban muy válidas en boca del vulgo, en la época colonial, son rememoradas en este libro, como la siguiente:

"A fines del siglo pasado se oyó en la población, por dos o tres veces, que en altas horas de la noche las campanas de la iglesia daban el toque de plegaria, sin que hubiera podido averiguarse la causa de esto, ni menos la persona que así podía penetrar, con ese fin, hasta donde era necesario.

"Muy natural era que con esto se produjera el alarma entre las gentes, y él vino a subir de punto cuando, a pocos días, hallándose el sacristán dando la queda, oyó de repente una voz que desde el fondo de la iglesia le gritó: **¡Sacristán, la lámpara está apagada!**, con lo cual el sacristán, sobrecogido de terror, quedó sin sentido y se precipitó desde el campanario, cayendo al atrio y causándose tan graves daños, que apenas pudo referir después lo sucedido y parece que murió por consecuencias del golpe, sin que se obtuviera conocimiento alguno de lo que diera origen al suceso, que generalmente se repuntó como un espanto..." (Pág. 28)

Es página digna de memoria, y merece reproducirse, aquella en la que el cronista, con base en la tradición, por él recogida de boca de una señora anciana, narra la primera entrada de Bolívar en Bucaramanga, en 1813. La objetividad de las descripciones es impresionante, y en nada desmerece este relato de otros similares, debido a la pluma de los mejores costumbristas colombianos del pasado.

"Para hospedar al Libertador, —dice— se arregló una casa, que era de las mejores que había y que quedaba en la segunda manzana de la plaza al Oriente, esquina del Suroeste, una cuadra arriba de la iglesia, donde hoy está la escuela normal de señoritas y que pertenece a la señora Trinidad Parra de Orozco.

"La entrada quedaba hacia la calle transversal; la sala, que ocupaba el mismo puesto que hoy, tenía dos grandes ventanas de madera de corazón, llena de labores talladas y de color morado. Para adornarla se puso una cortina de zaraza en la puerta principal, dos mesitas a los costados, y sobre ellas algunas figuras de yeso, que entonces principiaban a ponerse en uso; en las paredes se fijaron unos tres cuadros que representaban algunos santos; como puesto para Su Excelencia se designó la mitad del frente de la sala, entre las dos ventanas, el rededor estaba ocupado con asientos de baqueta sin guadamacil. No encontrándose en todo el vecindario una silla apropiada para asiento del Libertador, fué necesario ocurrir a prestar una de las que tenían en uso en la iglesia de Girón.

"En la calle principal había dos arcos triunfales formados con palmas y flores. En uno de ellos esperaban cinco ninfas, vestidas con trajes de

muselina, calzadas con babuchas de cordobán y adornados los cabellos con flores naturales; eran las señoritas Bárbara, Josefa y Cerbeleona Martínez, Wenceslao Navarro y Rita Figueroa, la primera de las cuales era la encargada de pronunciar lo que entonces llamaban la **resunta**, composición que a la letra decía lo siguiente:

**Viva la Patria, Señor;
¡La América libre, viva!
Y su Excelencia reciba
Gracias por Libertador.
Eterno será el amor
Y nuestro agradecimiento,
A quien lleno de contento,
De todos oye el clamor...**

El Libertador venía acompañado de algunas personas de Girón, quienes no podían menos que hacer completa burla del recibimiento que aquí se verificaba.

“Al llegar la comitiva al arco, la ninfa encargada de dirigir la palabra, hondamente impresionada, no acertaba a expresarse correctamente; pero el Libertador disimulaba aquello y procuraba inspirarle valor, victoreando al patriótico pueblo.

“Un padre de familia respetable, no muy joven, y decidido partidario de la Libertad, llamaba la atención por su frenético entusiasmo, a impulsos del cual recorría la calle, yendo y viniendo delante del General Bolívar, arrojando a lo alto su sombrero, loco de alegría, y lanzando vivas al Libertador y muertas a Fernando VII.

“Entre mil afanes, al fin se salió del primer paso, y una vez en la casa, Su Excelencia quedó instalado en la silla **girona** y al rededor se sentaron las señoritas, pero reinando entre todos un silencio tan completo, que sólo era interrumpido, de vez en cuando, por alguna pregunta que el Libertador dirigía a las jóvenes que estaban a su lado, y que ellas contestaban con monosílabos, cabisbajas y avergonzadas. Mientras tanto los hombres, y algunas señoras, se ocupaban en arreglar la mesa para la comida.

“Cuando ésta estuvo ya servida, nuevas dificultades se presentaron para hallar la manera de conducir a Su Excelencia, hasta que por último dispúsose encargar la comisión a dos señoritas, quienes se acercaron a él, y, sin decir palabra, lo tomaron de las manos y lo llevaron hasta el comedor, donde tomó de nuevo asiento, en la cabecera, entre el Cura y el Alcalde, después de los cuales seguían algunas otras personas notables. Durante la comida pudo despertarse un poco la animación al favor de repetidas copas de mistela y vino seco, únicos licores que eran conocidos...

“La primera visita que el Libertador hizo fué para el Párroco, doctor Valenzuela, quien se asegura tenía sus puntas de realista, cosa que no podía ignorar el primero. Se nos refiere que al presentarse en su casa, sencillamente vestido, con saco de color oscuro y sombrero de fieltro pequeño, preguntó con arrogancia: ¿Está aquí el señor doctor Valenzuela? —A lo que éste contestó, saliéndole al encuentro: —Aquí lo tiene usted en cuerpo y alma—.

“Conversaron largamente, y al despedirse, el Libertador le dijo: Bien, doctor Valenzuela, sus talentos y su ciencia no se las (sic) puede quitar sino Dios; pero su godismo se lo quita el General Bolívar..” (págs. 43-44)

Este es el estilo de las **Crónicas de Bucaramanga** de José Joaquín García, cuya lectura se hace con agrado, a tiempo que se aprovechan curiosas y útiles noticias de todo linaje que el autor incorporó a su trabajo, sin que falten observaciones y datos de orden práctico, como esta referencia del precio de algunos artículos de primera necesidad, en Bucaramanga, al promediar el año de 1835:

“Durante los días de escasez a que hemos hecho alusión, el mayor precio que alcanzó el maíz fué el de doce reales el palito; la carne llegó a venderse a cinco reales arroba, cuando más; las legumbres, a cuartillo la libra; la panela, a ocho por real, y diez huevos importaban cinco centavos...” (Pág. 65)

No pierde el cronista ocasión de registrar típicas costumbres de su pueblo, ya en el ámbito de la vida ordinaria, ya en el de las supersticiones, arraigadas en el alma del vulgo, como la siguiente, en la que se advierte el influjo de las tradiciones indígenas:

“Entre las supersticiones antiguas del vulgo que se mantuvieron vivas hasta después de 1850, está la de que las almas de los niños muertos en tierna edad no iban al Cielo si sus padres no celebraban baile en presencia del cadáver.

“Era, pues, muy común que esta diversión se presentara con frecuencia, ofreciendo el más desagradable contraste, pues mientras los padres del difunto niño lloraban en la alcoba, las demás personas danzaban alegremente en la sala al son del bombo, de los tiples y de la pandereta, teniendo al frente el cadáver del infante, descubierto y levantado sobre alguna grada o plataforma.

“Esta diversión era la que se denominaba **baile de angelito...**” (Pág. 77).

Característica fué de la casi totalidad de los Presidentes de Colombia en el pasado siglo, la absoluta sencillez de su vida, la ausencia completa de todo protocolo que los distanciase del resto de sus conciudadanos. El Dr. Mariano Ospina Rodríguez fué en esto de los más señalados. Todos sabemos que en la capital solía salir por las tardes a pasear por el atrio de la catedral metropolitana, y a conversar, sin reparo alguno, con toda clase de personas. Ni edecanes, ni guardaespaldas toleraban los gobernantes de entonces. Y la llaneza más natural, de caballeresca prosapia, era la norma imperante.

El autor de este libro refiere una escena, ocurrida en Bucaramanga, que confirma lo anteriormente afirmado.

“El Doctor Ospina venía como en campaña -dice- y pudimos observar una circunstancia que nos dió idea de su carácter y modo de ser: el primer domingo después de su llegada, y a tiempo en que varias personas se dirigían al templo para asistir a misa, se notó que algo particular había en el atrio, pues que todos los que allí esperaban el sacrificio hablaban paso y dirigían miradas de curiosidad hacia uno de tantos corrillos en que no se veía nada que pudiera despertar la aten-

ción. Entre los que formaban rueda estaba un hombre de regular estatura; vestía ruana y sombrero de hule, y conversaba modestamente con los que tenía más cerca. Alguien preguntó qué ocurría de particular, pues notaba cierta expectación en todos; a lo que otro le contestó, señalando al hombre de quien tratamos: ¡es que este señor es el Presidente de la República!...". (Pág. 117).

En su afán de no desperdiciar detalle que pudiera servirle para el adobo de sus **Crónicas**, García utiliza en ellas hasta las más cotidianas ocurrencias, como los días de sol brillante y los de fuertes chubascos, nos habla, por ejemplo, en un capítulo, del aguacero que se desgranó en Bucaramanga en la noche del estreno de la compañía **Bernavó** de equitadores, y en el capítulo siguiente vuelve a la carga, para referirnos otro aguacero, que cayó en mayo de 1861, y que, naturalmente, tenía que producir los efectos que cualquier fuerte aguacero origina.

Pero no sólo eso: Las mil y una incidencias, casi todas atropelladas y sangrientas, de nuestras frecuentes guerras civiles del pasado siglo, en Santander, son aquí relatadas con minuciosa prolijidad y gran copia de impresionantes detalles. Tal el episodio espeluznante de un apaleamiento militar, ocurrido en la plaza de Bucaramanga, y de la terrible venganza que más tarde tomó la víctima en la propia persona del ejecutor intelectual de esa ignominia. Oigámoslo, para apreciar también en los fragmentos que siguen, las cualidades de estilo del cronista bumangués:

"Por uno de tantos hechos frecuentes en nuestras guerras civiles, sucedió que durante la revuelta que nos ocupa varios individuos fueron juzgados en esta plaza militarmente, y sometidos a sufrir la pena de ser apaleados, para lo cual se les condujo una tarde hasta el centro de la plaza, y allí, en medio de un cuadro de soldados, fueron despojados de sus vestidos, y con un lujo de crueldad que rayó en lo increíble, se les sujetó por medio de ligaduras, para que en seguida, mientras se hacían resonar alegremente las cornetas y las cajas de guerra, dos cabos esforzados descargaban sobre las víctimas sus golpes con atroz ferocidad.

"Apenas se daba principio al tormento, cuando los rostros de los desdichados se demudaban por completo. Variando su color, ofrecían con horribles gesticulaciones, un aspecto desesperante, y retorciéndose en las convulsiones de su intensa agonía, lanzaban ayes de dolor que, más que gritos, semejaban aullidos espantosos, mientras que los que servían de verdugos seguían aplicando el castigo vigilados por los militares que, espada en mano, los amenazaban a su espalda, por si en el desempeño de su tarea daban alguna muestra de conmiseración.

"Las carnes palpitantes de las víctimas se miraban hincharse instante por instante, y abrirse luego despedazadas, hasta que manando sangre de los cardenales, mostraban haber lastimado la sensibilidad en el grado más alto a que podía llegarse, produciéndose entonces en los cuerpos de los martirizados una especie de desmayo semejante al de la muerte.

"¡Aquello recordaba a todo espíritu cristiano la primera estación del Calvario!

"Las gentes que, atraídas por la curiosidad, se habían acercado a ver lo que pasaba, retrocedían como espantadas; a algunos soldados vimos esconder el rostro y enjugar una lágrima en silencio; los flageladores parecían resistirse a proseguir; sólo los jefes, que cerca formaban en

un grupo, estaban impasibles, haciendo, con su estoicismo, inconcebible contraste con el resto de los espectadores...

Es necesario haber presenciado ese espectáculo, en medio de una plaza rodeado de aquel aparato, para poder conocer sus efectos. Es la raza humana entera la que se siente mordida venenosamente en el corazón a la vista de aquella mutilación moral de la dignidad del hombre!...

“Pero continuemos nuestra relación. Uno de los sentenciados, a quien llamaremos Domingo, antes de sufrir el tormento preguntó quién era el que lo sometía a tamaña pena; y uno de los oficiales, quizá el que menos parte tenía, adelantándose hacia él, le contestó con imperio: **¡Ese soy yo!**

“¡Quién hubiera pensado la negra sentencia que sobre sí mismo lanzó con aquellas palabras!

“**¡Está bien!**, le replicó el otro, y no habló más.

La circunstancia apuntada dió lugar a que se le apaleara tanto, que el hombre, casi exangüe, quedó tendido y moribundo.

“Desde aquel día el carácter de Domingo, antes alegre y festivo, se trocó en silencioso y meditabundo; pocas veces se le miraba sonreír y siempre parecía tener la imaginación ocupada en algún plan.

“Pasó algún tiempo; la situación política cambió notablemente, y más tarde, cuando el tercer ejército ocupó a Bucaramanga, Domingo, que había escapado de la prisión, se presentó en casa del General Santos Gutiérrez, acompañado de un joven que era su hijo, le pidió audiencia, le refirió su desgracia, le mostró sus carnes hechas jirones por la flajelación, solicitó con instancia un puesto en el ejército para él y su hijo, sin derecho a ración, porque para no exijirla le dijo que había vendido su escaso patrimonio, con cuyo fruto se sostendrían los dos en la campaña; y por último, deshaciéndose en llanto, se le hincó y le dijo con voz lastimera: “Yo quiero morir con mi hijo defendiendo su causa; por ello le exijo una cosa no más, para llenar la única misión que hoy me queda en el mundo: **déjeme usted, General, tomar sangrienta venganza del hombre que me ha ofendido**”.

“Domingo y su hijo entraron a servir en las filas liberales; hicieron todas las fatigas de los páramos contra las fuerzas conservadoras comandadas por el General Canal; siguieron hasta Cundinamarca y luego al Cauca, sin que en esta larga correría Domingo dejara un instante de perseguir en silencio su propósito. Finalmente, ya en el Sur de la República, al salir de una aldea las últimas fuerzas de la Confederación, quedóse atrás el oficial flagelador, y Domingo, que le seguía la pista, pudo conseguir ponerle la mano cuando el otro había perdido hasta el recuerdo de lo sucedido tiempo antes en la plaza de Bucaramanga.

“Domingo, seguido de unos pocos compañeros, una vez en posesión de su presa, se hizo reconocer y la llevó a un monte inmediato, donde, después de usar con ella la pena del talión, le aplicaron lentos y mortales castigos, hasta que en medio de punzantes torturas, el oficial imploraba, por gracia, que le dieran muerte. Poco después su cuerpo inanimado e insepulto servía de pasto a las aves de rapiña...” (Págs. 125-7).

Datos en profusión sobre el cultivo de las quinas, los triunfos y reveses de las diversas revoluciones intestinas, los pastores protestantes,

milagros, calamidades, asesinatos, incendios, cuadrillas de malhechores, elecciones, fundación de escuelas, actos de gobierno, etc., etc., que tuvieron por ámbito o teatro la ciudad de Bucaramanga, en este libro se registran, con cuidadosa diligencia.

Rematan estas **Crónicas** con unas listas interminables de las inscripciones comerciales, industriales y de otro orden, inclusive de lápidas funerarias, existentes en Bucaramanga en 1895. Por lo cual, constituye la obra de José Joaquín García, un rico y curioso reservorio de todo linaje de interesantes datos ocurridos en Bucaramanga, desde su fundación hasta las postrimerías del siglo XIX.